

Caballero echaba entre tanto cuentas con una Guia en la mano, y murmuraba gozosamente:

—¡Pasado mañana en Roma!

VI.

Un matrimonio feliz.—Siena.—La última ciudad *del mundo*.—La frontera de los Estados del Papa.

Estamos en camino.

El tren ha partido de Florencia á las cuatro y cincuenta y cinco minutos.

A esa hora, era ya de noche.—Sigue lloviendo. Hace un frio espantoso.

Florencia me ha dejado á mí antes que yo á ella. Durante las últimas horas que he permanecido en el llamado *Jardín de Italia*, su hermosura, su alegría, las hojas de sus árboles, los esplendores de su cielo... todo ha desaparecido.—Así es que la abandono sin sentimiento.

Llevamos una hora de viaje.—Del país que vamos recorriendo solo puedo decir que está cubierto de nieve.—Lo demás lo ocultan las tinieblas.

Al llegar á *Empoli*, dejamos el camino de hierro de Pisa (*Strada ferrata Leopolda*), que se dirige á poniente, y tomamos la *Strada ferrata Centrale Toscana*, que va hácia el Mediodía por el valle del *Elsa*, y que unirá con el tiempo á Florencia y Roma.

A las siete de la noche pasamos por *Certaldo*, donde en otro tiempo existió el sepulcro de *Boccaccio*.

En el mismo coche que nosotros van un caballero y una señora, jóvenes ambos, que se casaron en Florencia hace trece días y que se dirigen á Ancona, donde el marido tiene sus estados y su familia.

Y digo *sus estados*, porque el marido es como si dijéramos un *conde reinante*.—Ya tengo en el bolsillo su retrato y su tarjeta; pero sin embargo, no diré su nombre ni el de su bellísima esposa.—Temerá turbar su naciente dicha entregándola á los vientos de la publicidad.

Los condes de M. han visto toda una aventura de viaje en su encuentro con dos españoles y un moro, ó quizás mas bien nos han convertido en espectáculo que contemplar juntos desde su trono de amor, en fecha que recordar mañana, en monumento conmemorativo de su luna de miel.

Ello es que, sin desatenderse á sí mismos, nos hacen mil y mil preguntas, con una gracia, una cortesía y una curiosidad tan infantiles (los enamorados se conducen siempre como niños), que nosotros no podemos menos de contestarles afablemente.

Verdad es que ellos han empezado por decirnos su nombre, el objeto de su viaje, la historia de sus amores, las condiciones de su carácter, sus ideas acerca de la felicidad, sus teorías sobre el matrimonio, lo que debe ser la mujer, lo que

es el hombre... etc., etc.; todo esto hablando los dos á un tiempo, simulando riñas, reconciliándose con una mirada ó una pisadita, poniéndose muy colorados al entrar en ciertas materias, y diciéndose, en fin, en nuestras barbas, por remate de funcion y con una sublime llaneza, que se quieren mucho, que van á quererse siempre, y que ninguno de ellos se casará jamás en segundas nupcias.

¡Tienen veinte años!... (Ella no los tendrá todavía.)—¡Se han casado hace dos semanas! ¡Van viajando solos!—El la lleva á la casa paterna á que la conocen su madre, sus hermanos y sus servidores.—Ella va soñando con un jardín que tiene el conde á las orillas del Adriático, con un pabellon que les han amueblado en ese jardín; con los paseos que darán por el mar al resplandor de la luna de enero; con las flores que abrirán en marzo; con las frutas que madurarán en junio; con el hijo que podrá tener en setiembre...

Esto último es una sospecha gratuita que á mí me ocurre.

En cuanto á sus preguntas, ya podreis imaginároselas. Que si somos casados... (esta ha sido la primera);—que si es bonita España... (es decir, que si será muy agradable *amarse* en España);—que si son bellas las españolas... (esto es, si *se ama* mucho en nuestro país);—que si hay bandidos en España... (mas claro: si dos jóvenes *enamorados* como ellos correrian allí algun peligro);—que á dónde nos dirigimos... (traduccion: que cuándo *los* dejaremos solos);—que si iremos alguna vez á Ancona... (sentido oculto: sean ustedes testigos de que hemos jurado *amarnos* eternamente);—que si nos gustan las italianas... (esto lo preguntó el conde; significado: si habia hecho bien en *amar* á su mujer);—y otras cosas por el estilo, y muchas muy diferentes, pero todas misteriosamente relacionadas con su dicha.

¡Oh amor, egoista amor! ¡Qué es para tí el universo?

De las preguntas que le hacen á Jussuf y de las contestaciones de este, no digo nada.

Seria cuento de nunca acabar.

Son las ocho y cuarto: acabamos de atravesar un largo túnel abierto en una alta montaña.

Nos acercamos á Siena.

Siena, como otras muchas ciudades que no conozco, reviste en mi imaginacion una forma poética, cuya lenta composicion me seria muy difícil explicar. Para mí, Siena (*Sena* en español; y de aquí el que digamos *Santa Catalina de Sena* para nombrar á la seráfica escritora hija de esta ciudad), Siena, digo, es para mí una triste y viejísima capital de perfiles góticos (cosa rara en Italia), monumento vivo de la Edad Media, y esqueleto, por decirlo así, de la gran república gibelina que venció á Florencia en aquella descomunal batalla de *Campo Aperto*

che fece l' Arbia colorata in rosso...

segun la espresion de Dante.

Mi imaginacion ve tambien en Siena la patria de la infortunada *Pia di Tolo-*

mei, de aquella hermosa tereñanaria á quien encontró el mismo Dante en el *Purgatorio*, y de cuyos labios oyó estas melancólicas palabras:

¡Deh! cuando tu sarai tornato al mondo,
é riposato de la lunga via,
seguitó 'l terzo spírito al secondo,

ricorditi di me, che son la Pia:
Siena mi fe': disfecemi Maremma:
salsi colui, che' nnanellata pria,
disponando m'avea con la sua gemma.

«Acuérdate de mí, que soy la Pia: Siena me dió el ser: quitóme la *Marisma*...»

Las *Marismas*, (*le Maremme*) son unas lagunas, de que habré de hablar mas adelante, que producen la *malaria*, azote del pais en que vamos á penetrar.

Siena me recuerda tambien (siempre con auxilio de Dante) á aquel terrible aristócrata, *Farinata degli Uberti*, que le preguntó al poeta en el *Inferno*:

..... ¿Chi fur gli maggior tui?

(¿Quiénes fueron tus mayores?)

Farinata era el jefe del partido gibelino de Florencia y se refugió en Siena con todos sus secuaces, perseguidos por el partido güelfo.—Dante, gibelino como él, y desterrado tambien de Florencia, lo retrata con este magnífico rasgo:

Ed ei s'ergea col petto, e con la fronte,
come avesse lo inferno ni gran dispetto.

Este condenado que se muestra tan erguido y como despreciando el infierno en que se halla, es indudablemente una de las mas bellas figuras imaginadas por el autor de la *Divina Commedia*.

Siena, en fin, se me aparece precedida de la fama de ser la ciudad en que se habla el italiano con mayor pureza, en que las mujeres son mas hermosas, en que tuvieron su trono las artes hace quinientos años, en que entraron los españoles despues de un largo asedio en tiempo de Carlos V, y en que ondeó el estandarte de España hasta 1557, que Felipe II la cedió á Cosme I de Médicis.

Por lo demás, yo veo tambien en Siena el fin de los caminos de hierro, que tanto han simplificado hasta ahora mi viaje; la última de las ciudades vivas, por muy muerta que se encuentre; el término de la moda francesa; el límite de los tiempos modernos y de la Edad Media; la entrada á la antigüedad clásica; el principio de la region sembrada de ruinas.—Despues de Siena, solo encontraré las osamentas blancas de las ciudades etruscas, ó mas bien el lugar en que se levantaron... y mas allá, la desierta campiña de Roma... y luego Roma, el panteon de todas las edades!

Siena, pues, es la última ciudad del mundo, el extremo de Europa. En adelante hallaré el paganismo romano ó el paganismo griego, reflejos de Grecia ó del Oriente, el teatro de la mitología...—Aquí concluye tambien el imperio de la ley; aquí terminan la libertad y la civilizacion; aquí cesan las garantías del derecho.—Mañana quedaremos á merced de los bandidos cuando recorramos los campos, y á merced de una autoridad discrecional cuando penetremos en las ciudades. Despues de Roma teocrática, vendrá Nápoles, presa de la anarquía, ensangrentada, carcomida por la inmoralidad.

Pero hémos en Siena, ó por mejor decir, en la estacion del camino de hierro, situada á bastante distancia de las puertas de la ciudad.

Sigue lloviendo. Casi todos los viajeros que salieron con nosotros de Florencia se han quedado en las estaciones del camino.

Los condes de M..., Caballero, Jussuf y yo, con mas algunos campesinos que han venido en coche de tercera clase, somos los únicos que hemos llegado á Siena.

Los campesinos se han ido á pie, á pesar del frio y de la lluvia,—que empieza á convertirse en nieve.

Los recién casados han ocupado, á instancias nuestras, un cabriolé de dos asientos, único medio de traslacion que se ha dignado esta noche venir á esperar el tren.

¿Para qué mas? La verdad es que si nosotros no hubiéramos formado parte del convoy, cualquier otro carruaje que hubiese acudido á la estacion se habria vuelto de vacío.—Siena, lo digo de nuevo, es el fin del mundo.

Los condes de M... han quedado en enviarnos el coche asi que los deje en el hotel del *Aquila Nera*, en el cual nos alojaremos tambien nosotros, vista la amabilidad, ó por mejor decir, la longanimidad con que nos han invitado los nuevos cónyuges á acompañarles á tomar el té.

En tanto, pues, que vuelve el carruaje, entreténgome en contemplar á la luz de un mugriento farolillo que alumbra la puerta de la estacion, media docena de mozos que pugnan con Jussuf por apoderarse de nuestro equipaje y llevarlo á hombro á la ciudad.

Los tales mozos tienen la figura mas patibularia que haya figurado en melodrama alguno.—¡Qué famélicas mejillas! ¡qué lúgubres ojos! ¡qué barbas y qué cabellos, negros como el delito! ¡qué luengos levitones!

Indudablemente, estos hombres han sido ó van á ser bandoleros.

No estará demás advertirle á Jussuf que no ha llegado todavía el momento de hacer uso de su cuchillo...

Pero hé allí el carruaje que desciende en nuestra busca...

Cinco minutos despues entramos en Siena, por la *Puerta de San Lorenzo*.

La ciudad está edificada sobre altas colinas, y por consiguiente, casi todas sus calles son ásperas cuestas...

¡Qué silencio! ¡qué soledad á las nueve de la noche en la que fue hace si-

glos capital de un floreciente estado!—Las tiendas se hallan cerradas, las calles desiertas.

Al pálido fulgor del alumbrado público, vemos algunas enormes casas con portadas góticas, y á la luz de moribundos faroles, distinguimos ora una Madonna bizantina, ora un Cristo pisano, enclavados en las encrucijadas de angostas calles...

Nos creeríamos en Toledo.

Llegamos por fin al hotel.

Los condes de M. nos aguardan en un abrigado gabinete, al lado de una antigua chimenea, delante de la cual hay una mesita en que está preparado el té.

La jóven y enamorada condesa ha tenido tiempo de cambiar de traje.—¡Cuán hermosa, cuán elegante, cuán fina y obsequiosa se nos presenta!

Al verla de pie, cerca de la mesita, poniendo azúcar en las tazas despues de consultar el gusto de cada uno, créola una antigua amiga; paréceme que estoy en Siena hace mucho tiempo y que asisto á una tertulia que ya me es familiar, y no comprendo, en fin, los hechos tales cuales son: esto es; que hace cuatro horas no conocíamos á los condes de M. ni podíamos adivinar su existencia; que esta tarde estábamos en otra ciudad; que nuestros nuevos amigos partirán mañana por distinto camino que nosotros y se perderán en el piélago de la vida, donde ya nunca volveremos á encontrarlos; que nosotros esperábamos pasar esta noche en Siena sumamente aburridos y sin mas sociedad que algun estúpido camarero, y que mañana á estas horas nos hallaremos otra vez solos, muy lejos de Siena, rodando en una silla de posta por unos montes desconocidos cubiertos de hielo y nieve.

¡Oh imprevistos placeres del peregrino, fugaces alegrías del extranjero, hogares fugitivos que le acogeis una noche, súbitas amistades que os perdeis en el olvido!... ¿Qué sois mas que una abreviatura de la vida humana?

El conde de M. conoce á Siena, por haber estado ya aquí varias veces. El nos ha dicho que un gran edificio que se levanta en frente de este hotel, y cuyo negro muro casi se puede tocar con la mano desde los balcones del gabinete en que nos hallamos, (tan estrecha es la calle que los separa), es el *Palacio Tolomei*, en donde pasó su primera juventud la desgraciada *Pia*, cuya lamentable historia recordaba yo en el ferro-carril.

Aquí la conoció pura y hermosa el implacable *Nello della Pietra*: aquí se casó con ella: de aquí se la llevó á su castillo,—como el conde de M. se lleva á su mujer á Ancona. Una vez en el castillo, delinquirió ó no delinquirió la castellana; é inocente ó culpable, que esto no lo se yo á punto fijo, fué condenada por el celoso y cruel caballero á vivir en una solitaria mansion que se levantaba en medio de las *Marismas*... donde la fiebre y la tristeza la consumieron lentamente.

¡Si vierais que cara ha puesto la condesa de M. en tanto que recordábamos la historia de *Pia di Tolomei*!

—¡Dios miol habrá esclamado en su interior la pobre jóven. ¿Seria yo capaz de faltar á mi *Francesco*?... (Se me escapó el nombre.)—¡Dios mio! ¿Seria

capaz mi *Francesco* de hacerme morir de tercianas en esa tierra desconocida á donde me lleva?

El conde *Francesco* ha adivinado estos pensamientos de su esposa, y la ha mirado angelicalmente...



Castillo de San Angelo en Roma.

Pero son las once, y nuestro huésped ha acabado ya de fumarse un magnífico *sigaro spagnuolo* con que le hemos *hecho feliz*, segun asegura.

Demos las buenas noches de una vez para siempre á estos bienaventurados; despedámonos de ellos *hasta nunca*, y tomemos el camino de nuestro cuarto.

Veinte y cuatro horas despues.

Siena ha realizado completamente mis ilusiones.—Esta ciudad es una escepcion en la Toscana. Ni sus palacios, ni sus iglesias, ni sus calles, ni sus plazas ostentan aquel aire risueño y pagano, medio oriental y medio del Renacimiento, que advertí en Pisa, Luca y Florencia. Siena es mas cristiana (quizás no tan católica), mas sombría, mas ascética, mas ideal.

En Siena, como en Pisa, la agonía que principió con la caída de la república, no ha entrado todavía en el periodo de reaccion que hoy hace resucitar en Europa á otras muchas ciudades arruinadas.—Siena sigue muriendo, postrada, silenciosa, olvidada del resto del mundo.—De doscientas mil almas que encerraba en el siglo XV, ha quedado reducida su poblacion á veinte y dos mil doscientas.

La originalísima *Plaza del Campo*, antiguo foro de la república, se halla rodeada todavía, como la plaza de Segovia, de las mismas casas que la adornaban en la Edad-Media. Allí se ve el soberbio *Palazzo Pubblico*, en otro tiempo de la *Signoria*, obra del siglo XIII, con su altísima y gallarda torre, con su elegante *Loggia*, con sus ventanas ojivales, con su almenado castillo.

Esta plaza se diferencia de todas las del mundo, en que no presenta una superficie plana, sino que está conformada como una inmensa concha.

En torno de ella gira una inclinada acera de estensas baldosas.

Mas adentro está la célebre *Fuente Gaja*, llamada así de la alegría que produjo á los sieneses el ver que se había conseguido subir el agua á su plaza favorita.

Esta alegría se encontrará muy justificada si se tiene presente que la ciudad de Siena aventaja en altura sobre el nivel del mar á todos los montes circunvecinos, y que por lo tanto fue sumamente difícil y costoso surtir de agua constante la susodicha fuente.

Por último, en esta plaza hay todos los años el día 15 de agosto unas famosas carreras de caballos sobre las baldosas inclinadas de que hemos hecho mencion!... cuya fiesta no es tanto á *quien corre mas*, como á *quien se mata menos*; pues creo inútil decir que no hay año en que no se tiña de sangre humana el improvisado hipódromo.

A todo esto se me había olvidado haceros reparar en que nos está nevando encima desde esta mañana.—Y lo peor es que al pícaro viento se le ha ocurrido hoy jugar con los copos de nieve y arrojárnoslos á la cara, lo cual, como podreis comprender, no tiene nada de agradable.

En cuanto á los condes de M., salieron esta mañana para la insigne ciudad de Perugia.—La bendicion de Dios les acompañe, como les acompaña mi envidia.

Mas no vayais á creer que lo que envidia es precisamente la felicidad que ellos disfrutan: no; lo que yo deseo es otra felicidad semejante, de nadie cono-

cida, para mi destinada, galardón esclusivo de mis penas.—¿Por qué ha de ser esto imposible?

Pero volvamos á Siena.

Además de la *Plaza del Campo*, hay en Siena un paraje en que se siente toda la grandeza pasada de la rival de Florencia.

Tal es la puerta del *Bautisterio*, donde, dicho sea entre paréntesis, escribo estas palabras á pesar de la ventisca.

Desde aquí se descubre la escalinata que sube á la plaza de la catedral, se ve un grandioso rompimiento de arcos, y se alcanza la severa perspectiva de palacios imponentes y terribles fortalezas...

Si alguna vez visitais á Siena, no dejéis de hacer alto en este lugar.

Aquí os acudirán nobles pensamientos: aquí sentireis los dolores de la despedazada Italia: aquí,—mejor que desde lo alto de los Alpes,—podreis tender los ojos del alma sobre el presunto reino itálico, y recordar las regiones que acabais de recorrer,—el Piamonte, la Lombardia, el Veneto, las Legaciones, Parma, Módena y la Toscana: aquí podreis darles un adiós, y disponeros á cruzar los montes que os separan de la campiña de Roma, de la otra mitad de Italia, del antiguo mundo, como ya la hemos llamado.

Decididamente, mi imaginacion no puede estarse quieta en Siena: hace un momento se había ido de Perugia á España, pasando por la alta Italia, y ahora la sorprende camino de Viterbo...

Me lo esplico perfectamente. Es el vértigo de la expectativa: es la proximidad, es la atraccion de la Ciudad eterna. Mis ideas zozobran hoy como los barcos que se acercan al *Maelstrom*. Hoy no vivo: hoy no es para mí mas que la víspera de *mañana*... Y ese mañana... es Roma!

A pesar de tan honda preocupacion, visito la catedral, que es todo lo gótica que puede serlo una catedral de Italia, y mucho mas de lo que yo me prometia.—El interior sobre todo, respira no sé qué poesia simbólica, litúrgica, propia de las iglesias del Norte.

Pero el gran prodigio del *Duomo* son sus célebres pavimentos, cubiertos de magistrales dibujos debidos á un procedimiento muy raro que se llama *graffito*,—que no es el mosaico, aunque hace un efecto semejante.—Para contemplar tales maravillas, hemos hecho levantar por muchas partes el entarimado que cubre toda la iglesia.—Entre los portentos de arte que han aparecido á nuestros ojos, merecen particular mencion una *Eva* de peregrina hermosura y un *Moisés sobre el Sinai*.

En esta catedral hay un magnífico *púlpito* esculpido por Nicolás de Pisa, tan admirable, cuando menos, como los otros dos del mismo autor que hemos admirado antes de ahora.

Tambien son de notar los frescos que adornan la *Librería*, debidos á Bernardino Betti, llamado *il Pinturricchio*, tan soberanamente hermosos, que algunos críticos se los han atribuido á Rafael.

Otras muchas obras de arte pudiera citar entre las que decoran el *Duomo*, y